

Consecuencias sociales del Evangelio

Mercedes Escobedo Solórzano, r.a.

Este artículo presenta la manera como María Eugenia aborda las consecuencias sociales del Evangelio a través de la reflexión que hace a lo largo de su vida sobre el Reino. Refleja su forma de comprender el cristianismo, de relacionarse con Jesús y de vivir su vocación, integrando todos los aspectos de su realidad.

El tiempo en el que María Eugenia vivió fue un periodo de fuertes cambios políticos, de desigualdades sociales y explotación, así como de movimientos en contra de la opresión. Fue también una etapa de descubrimientos, momento propicio para el surgimiento de nuevas ideas y formas de relacionarse. Múltiples factores se conjuntaron para hacer posible la confrontación de un orden rígido y gastado, con la novedad que se iba abriendo camino para nacer.

Las desilusiones y las esperanzas del siglo XIX, lo mismo que las derrotas y conquistas, así como las luchas y proyectos que imprimieron un sello particular al contexto de María Eugenia han adquirido expresiones distintas en nuestro mundo de hoy. No obstante, en ambos casos y épocas, la de María Eugenia y la nuestra, tienen el común denominador de ofrecer al ser humano la posibilidad de permanecer en lo establecido, o bien la de aventurarse en la búsqueda de cambios hacia mejores condiciones de vida para todos.

María Eugenia conoce y mira su realidad y se atreve a explorar la novedad. En su experiencia de vida, en la que Dios irrumpe transformando radicalmente su pensamiento y su corazón, el Reino adquiere una importancia tal, que siente haber recibido la voluntad de vencerlo todo para trabajar por él. No puede aceptar un mundo en el que muchos vivan oprimidos a causa de la injusticia de unos cuantos. Imagina una sociedad distinta, “verdaderamente cristiana”, y encuentra en Jesucristo y su Reino el motivo y la fuerza de transformación que la sociedad necesita.

María Eugenia intuye que el Reino que Jesús anuncia manifiesta el amor incondicional y misericordioso de Dios, que actúa en la historia para sanar, perdonar, acoger, compartir y liberar a todos los hombres y mujeres, para que pueda realizarse en cada uno y en todos el Proyecto del Padre.

Comprende que no se trata de proclamar una doctrina, sino de realizarla, que solo desde el Evangelio es posible transformar al ser humano y a la sociedad, y decide jugarse la vida en ello. Así nos lo deja ver su carta al P. Lacordaire, en la que habla del motivo de su obra: “... no me creo en el deber de explicar dónde he fijado mi mirada para obtener el resultado final, pero totalmente es en Jesucristo y en la extensión de su Reino”.

El Reino se convierte en su pasión. Tiene la confianza de que cuando este Reino es acogido activamente por el ser humano llega a ser una corriente de vida tan fuerte, que es capaz de infundir esperanza y fortaleza para imaginar y buscar otros mundos posibles. Su decisión de trabajar por él encuentra la raíz en la certeza de que “la regeneración de la humanidad, su ley social, debe surgir de la palabra de Jesucristo...”.

El pueblo de Israel deseaba ardientemente la venida de un rey que implantara la justicia entre su gente. Según su concepción desde los tiempos más antiguos, la justicia del rey consistía en defender y proteger al que por sí mismo no puede defenderse: a los desvalidos, los débiles y los pobres; a las viudas y a los huérfanos.

Es por esto que cuando Jesús dice en su predicación que ya ha llegado el Reino de Dios, se entiende que

va a haber un cambio, que por fin se va a hacer realidad la situación anhelada por todos los que esperan un mundo diferente, más justo, más fraterno y solidario.

La llegada del Reino representa, desde esta perspectiva, una transformación radical de valores, ya que trastoca totalmente el orden establecido y plantea una forma diferente de mirar la realidad, de interpretarla, de actuar en ella. Frente a un sistema basado en la competitividad, en la lucha del más fuerte contra el más débil, en la dominación de quienes tienen el poder económico y político, Jesús proclama que Dios es padre de todos por igual y que, por lo tanto, todos somos hermanos, e invita a actuar en consecuencia.

El Reino es, pues, la vida tal y como Dios la sueña y la quiere construir, es su proyecto para la humanidad. Si Dios reinara en cada uno de nosotros, si lo dejáramos ser Dios, si actuáramos como él – pensaba María Eugenia–, nadie tendría que sufrir a causa de la opresión, del rechazo, de la exclusión, de la violencia..., sería una sociedad verdaderamente cristiana. Cambiaría la Iglesia, el mundo, nuestra vida.

Desde esta lógica del Reino, que es siempre actual, resulta inadmisibles que hoy un sistema económico financiero, en su afán de buscar ganancias de forma descontrolada, esté alterando el equilibrio ecológico con un costo humano de tal magnitud que se vean afectados aspectos tan básicos como la salud, el empleo, la alimentación, la ocupación de los espacios, provocando que los pobres lo sean cada vez más y acentuando las desigualdades.

El Reino es Buena Noticia, pero también es denuncia de las situaciones que impiden que hombres y mujeres satisfagan sus necesidades básicas y puedan tener igualdad de oportunidades para realizar su potencial humano. Por ello, en nuestros días, la tarea de transformación de la sociedad va unida a la lucha por romper las tendencias que están agotando la naturaleza y a los seres humanos.

El Evangelio nos descubre que el Reino “está cerca”, que “está dentro de nosotros”, pero también “entre nosotros”. Es necesario aprender a descubrir en nuestra realidad sus signos. Las parábolas sugieren que el Reino es tan pequeño como una semilla de mostaza y al mismo tiempo tan valioso como un tesoro que es preciso buscar, porque no siempre es evidente, y que actúa lenta y silenciosamente como la levadura en la masa.

Hoy por hoy, parece que la crisis ecológica es un callejón sin salida, sin embargo, desde las más pequeñas pero constantes acciones que se realizan para cuidar el medioambiente en familias y grupos, hasta la creación de sólidas organizaciones que promueven el desarrollo sustentable en el mundo, son ya señales de ese Reino.

El Reino de Dios crece a pesar de las dificultades y hasta del fracaso. Se abre camino en medio del mal, de la enfermedad y de la muerte. El Reino está siempre cerca y está aquí, pero no encontrará su realización plena hasta que todos los hombres y mujeres aprendamos a vivir como hijos de un mismo Padre y como hermanos de los demás, hasta que seamos capaces de cuidar la tierra en que vivimos, hasta “que todos seamos uno”.

Durante los primeros años de la fundación, la comprensión que María Eugenia tiene del Reino como una realidad anclada en el tiempo y en la historia es muy fuerte, expresa el reino social. Más tarde, intuye que este Reino tiene que hacerse al interior de sí misma porque solo así Jesucristo será “el único Señor, el único maestro, el único que domine sobre todas las cosas”. Comienza, entonces, a hablar del “Reino en las almas”, intuyendo que la transformación que viene con el Reino no es solamente una transformación de la sociedad, sino también un cambio profundo al interior de la persona. Pero aún así, María Eugenia pide a Dios que “le sea conservado ese espíritu de amor hacia su Reino aquí abajo”.

En sus últimos años, escribe a las hermanas: “No hay que cansarse de pedir que venga el Reino de Dios,

aún en un tiempo como el nuestro en que la insolencia de la negación parece decirle... Tú no existes, no te reconozco, me pondré en tu lugar... No es solamente en su corazón que estos hombres lo dicen; es en voz alta, en sus leyes, en sus instituciones... Conviene pues pedir que su Reino se restablezca en este mundo...”.

Impresiona poder reconocer en nuestra sociedad global actual, como María Eugenia lo hizo en la sociedad de su tiempo, un sistema político, económico y social cuyas leyes e instituciones están hechas casi en su totalidad para asegurar el funcionamiento de una dinámica de producción y consumo que pasa por encima de la naturaleza, beneficia a unos cuantos y excluye a la mayoría.

Experimentamos que la tierra, esa casa común que todos habitamos, en la que se gesta y se desarrolla la vida, está hoy gravemente amenazada. Si María Eugenia habló de ella como el lugar para dar gloria a Dios es porque la reconoció no solo como lugar geográfico en el que encontramos nuestras raíces, descubrimos nuestra identidad, sustentamos nuestras necesidades y apoyamos nuestros pies para dar pasos en la historia, sino también como el espacio donde se lleva a cabo la opresión y la liberación, la anticipación de ese Reino por el que entregó su vida.

Conviene pues, seguir pidiendo que el Reino continúe llegando a este mundo, que lo aprendamos a reconocer, pequeño y silencioso, pero lleno de fuerza y de fecundidad. Conviene que trabajemos por él y que amplíemos los espacios para que pueda manifestarse. Entre otras cosas, quizá repensar lo que entendemos por progreso, bienestar, necesidades, y proponer creativamente nuevas relaciones entre el ser humano y la naturaleza.

Conviene, como lo hizo María Eugenia, hacer del Evangelio la clave de interpretación y transformación de nuestras vidas, comprendiendo con mayor hondura que la causa de Dios es la causa de los hombres.